

FABULA XLIX.

LA CORRIDA DE LAS LIEBRES.

Una Liebre corría
Tan furibunda en su medroso anhelo,
Que le rozaba el vientre con el suelo
Cuando el espacio con sus piés medía.

A esa Liebre seguía
Otra en su pós, ligera cual venablo,
Y luego tres ó cuatro, y luego cinco,
Pegando todas ellas cada brinco,
Que parecía las llevaba el diablo.

A las dos leguas de correr sin tasa,
Cae la primera al fin tendida y lasa,
Y luego la segunda... y *etcétera*:
Todas, hasta llegar á la postrera.

Recobradas un tanto
De su pasado espanto,
Miran en derredor el llano y cerro;

Y al ver que no las sigue ningun Perro,—
Se dicen entre sí: «¿qué ha sucedido,
O por qué de ese modo hemos corrido?»
Y al fin sacan en limpio: la primera,
Que corrió por creer que la segunda
Era un Galgo bribon que Dios confunda,
Y esta por ver un Galgo en la tercera,—
Y estotra por mirar su imagen fiera
En la cuarta y la quinta;
Y para hacer mi relacion sucinta,
Del propio modo cada cual, confusa,—
Con las demás su aturdimiento escusa,
Hasta llegar á la postrera y sola
Que, sin nadie en su pós, vino á la cola.

— «Y tú, ¿por qué corrías,
Le preguntan las otras, cuando á nadie
A tu espalda tenías?»

Y ella contesta: «¿cómo así? Canario!
¿Pues no vino pegado mi contrario
A mi constantemente,
Fiero, horrible y tenaz como ninguno?»

Oir esto, y batir diente con diente
La reunion entera, es todo uno.

— «¿Qué contrario? ¿qué dices?»
— ¡Importuno
Recuerdo que aun me aflige y atormenta,
Y de terror me asombra!»
— «¿Pero quién era él? Habla, rebienta!»
— «¿Quién había de ser? Mi propia sombra.»
— «¡Horror, horror! exclaman espantadas
Las Liebres nuevamente espeluznadas:
¿Que era su sombra, ha dicho? Hablemos quedo!»
—
— *¡Bendito Dios, y lo que puede el miedo!*

FABULA L.

LA COCINERA.

A MI ILUSTRE Y DIGNO AMIGO

el Excmo. Señor

DON JUAN JOSÉ DE LA CERDA Y GANT,

CONDE DE PARCENT.

*Entre los mil abusos
Que de España al Gobierno le han traído
Ciertos modernos usos,
Hay uno tal, PARCENT, que no parece
Sino que el diablo mismo lo ha inventado
Para estar el país desgobernado,
Y que zurra y aun látigo merece.
Por si torna á sus trece,
Como aun puede tornar, creo del caso
Darle, CONDE, una tunda, aunque de paso,
En cierta endemoniada Cocinera,
Que de ese abuso partidaria era
Por los días aquellos
Que en tu morada, á la amistad abierta*

*Y del Génio y la gracia á los destellos,
Nos dieron de instruccion ratos tan bellos,
Como alegre solaz y dicha cierta.
Entonces fué cuando la Musa mia
La Fábula compuso que este dia
De amistad como muestra te relato,
Ya que entonces tambien el placer grato
Tuve, que hoy recordado es placer doble,
De apreciar tu carácter siempre noble,
Tu amena erudicion y afable trato.*

Por no sé que trifulca ó pelotera
Que tuvieron un dia,
Despidió Doña Inés á su Lucía,
Es decir, á su antigua Cocinera,
Siéndole indispensable por lo tanto
Su puesto reemplazar con otra al canto.

Como eso de admitir una Criada
Exije mucho pulso y mucho aplomo.
Resolvió Doña Inés, muy avisada,
Andar en su eleccion con piés de plomo,
No quiso, pues, fiarse del *Diario*,
Donde vió de sirvientas una lista
Que podia abrumar á un Dromedario,

Ni acudió, como se hace de ordinario,
A ningun zarramplin Memorialista,
Sino que dando encargos diferentes
A vecinos, amigos y parientes,
Confió á su cuidado y diligencia
La taréa harto ingrata de buscarle
Una mujer de juicio y esperiencia,
Que aunque fuese chismosa y deslenguada
Y hasta de traza indina,
Supiese al menos, lista y diligente,
Guisar perfectamente,
Y el gobierno llevar de su Cocina.

Medio mes trascurrió de larga espera,
Cuando uno que habitaba el cuarto bajo
Lo que buscaba le encontró, y le trajó
Una insigne y famosa Cocinera,
Llamábase Toribia, y era osada,
Y venia además algo cansada,
Y temiendo que fuese algo prolijo
Lo de arreglar las condiciones, dijo:
«Señora, en el cansancio que me abona,
Con licencia de usted, tomaré asiento.»—
Y desplomóse en un sillón de lona,
Cual lo pudiera hacer en su poltrona
Un Ministro de Estado ó de Fomento.

Al Ama, si he de hablaros en conciencia,
Parecióle muy mal la irreverencia;
Pero creyó prudente y necesario
No dar por lastimado su prestigio,
A trueque de adquirir aquel prodigio
En el diffeil arte culinario.

— «Diez duros de salario,
Dijo á continuacion, al mes tenia
La que antes mi Cocina gobernaba;
Mas comenzando tú donde ella acaba,
Te daré diez reales cada día.»

La Cocinera dice: «está corrientel
Pero no es el salario solamente
El que ha de decidirme
A guisar y guisar firme que firme:
Si quiere usted, Señora,
Que yo la sirva bien á toda hora
(Oiga usted mis motivos y razones),
Se han de añadir aquestas condiciones.»

«Primera: despedir á la Criada
Que á comprar en la plaza y en la tienda
Tiene usted destinada.»

— «Muy duro es eso, Doña Inés responde,
Porque es Criada buena y ahorrativa,
Y fiel y muy activa,
Y dejó por mi casa la de un Conde.»

— «Eso será verdad, dice altanera
La nueva Cocinera;
Mas, Señora, es preciso
Reemplazarla en el acto y sin tardanza
Con otra de mi gusto y confianza,
O no me atrevo á responder del guiso.»

— «Ah, ya! (contesta el Ama entristecida,
Que razon no esperaba tan profunda
De la reciénvenida):
¿Conque ha de ser? Pues nada: despedida!—
Vamos á ver la condicion segunda.»

— «Segunda condicion: los dos Criados
Que de servir los platos en la mesa
Tiene usted encargados.....»

— «Cómo! ¿Paco y Anselmo? ¿En qué te ofenden
Esos pobres muchachos, que no atienden
Sino á tomar los platos de tu mano,
Para el en acto mismo y sin demora

Servirlos en la mesa á su Señora?
Míralo bien, Toribia: eso es tirano!

— «Y si apesar de los afanes míos
Porque vayan los platos bien calientes,
Se duermen esos pícaros sirvientes,
Y en lugar de ir así, los sirven frios?
Solo en ello pensar me desatina,
Y una de dos: ó entrambos van al cuerno,
O responder no puedo del gobierno
Que me confiere usted en la Cocina.»

— «Qué diablo! ¿Hay otra condicion?»

Tercera:
Dar sucesor al punto, prontamente,
Tambien al Aguador.»

— «¡Virgen María!
¡Al Aguador tambien! ¿Estás demente?»

— «Conozco que tál vez soy exigente;
¿Pero qué quiere usted? de noche y dia
Me persigue el terrible compromiso
Que de guisar me impone la faena,
Y digo para mí: sin agua buena,
¿Cómo me atrevo á responder del guiso?»

— «¡Loado sea Dios!, el Ama esclama,
En tono ya de quien se siente Ama:
¿Hay otra condicion?»

— «Una tan solo;
Y es reemplazar los Perros y los Gatos,
Y el Canario que canta y me incomoda,
Y renovar en la Cocina toda
Fuentes, pucheros, jícaras y platos.»

Aquí la Dueña de furor se abrasa,
Y con terrible voz y sorna fiera,
Exclama: «endemoniada Cocinera,
¿Juzgas tú que el Gobierno de mi casa
Viene á ser el compendio y el resúmen
De esos otros Gobiernos malandantes,
Que solo saben declarar cesantes
En las Naciones que regir presumen?
Anda! y vete á guisar con los Ministros
Que pretestando responder de todo,
Solo saben llenar con mucho modo
Con sus solas hechuras sus registros;
Que yo entretanto pienso la costumbre
De mis mayores respetar, siguiendo
Con mi fiel y probada servidumbre;
Y solamente cuando pruebas halle
De algun vicio que el orden descomponga

De esta mi casa, ó á su bien se oponga,
Le diré como á tí: *¡Largo á la calle!*

Que Doña Inés habló perfectamente,
Lo conoces tú bien, Lector prudente:
¡Porqué se dice, pues, que no es posible,
Ni hacedero, ni dable,
Que tenga un Ministerio responsable
Una Administracion inamovible?

FIN DEL LIBRO SEGUNDO.



LIBRO TERCERO.

FABULA LI.

EL CONCURSO DE LOS ANIMALES.

Quiso el Leon cierto dia
Premiar con tino y saber
Al más lijero en correr
De toda su Monarquía.

Para lograr su intención
Y evitar yerros fatales,
Exclamó: «en negocios tales,
Lid, concurso, oposicion!»